

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Juan Pablo II

Mensaje

CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE LA VIDA CONSAGRADA 2004

Pasión por Cristo, pasión por la humanidad

26 de noviembre de 2004

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Os saludo cordialmente a todos vosotros, llamados por Dios con una especial vocación a seguir más de cerca a Cristo.

Al final del Congreso internacional sobre la vida consagrada que se ha celebrado durante estos días en Roma, es para mí motivo de alegría poder enviaros un mensaje especial a todos los que habéis participado en él: a los presidentes de las Conferencias de superiores y superiores mayores, a los superiores y superiores generales, y a todos vosotros, consagrados y consagradas, que os habéis reunido en estos días para interrogaros sobre problemas y perspectivas que caracterizan hoy vuestra elección de vida.

2. Los hombres de nuestro tiempo a veces se han empobrecido tanto interiormente, que ni siquiera son capaces de darse cuenta de su pobreza. Nuestra época nos pone ante formas de injusticia y explotación, ante prevaricaciones egoístas de personas y de grupos, que resultan inauditas. De aquí deriva que en muchos se produzca el «*oscurecimiento de la esperanza*» del que hablé en la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa* (cf. n. 7)

5. Todos vosotros, consagrados y consagradas, estáis llamados a seguir más de cerca a Cristo, a tener en el corazón sus mismos sentimientos (cf. Flp 2,5), a aprender de él, manso y humilde de corazón (cf. Mt 11,29), a cumplir como él la voluntad del Padre (cf. Jn 6,38), a seguirlo por el camino de la cruz.

Este es el único camino del discípulo. No existen otras sendas. Cada día es preciso emprender, con corazón alegre y agradecido, el camino estrecho siguiendo al Maestro, para sacar la energía necesaria del manantial de donde brota el agua de la vida que no muere.

Es necesario abrir el corazón al soplo vital del Espíritu, competir recíprocamente en el amor fraterno y en el servicio, abrir las puertas a los débiles, a los que se encuentran solos o se ven marginados. Así, el testimonio de vuestra vida casta, pobre y obediente llegará a ser, en el alba de este tercer milenio cristiano, transparencia del rostro amoroso de Cristo.

6. Vosotros, vírgenes por el reino de los cielos, más que cualquier otra persona, estáis llamados a revestiros de Cristo, de sus sentimientos de humildad, de mansedumbre y de paciencia. Que vuestro voto de castidad recuerde la fecundidad de una relación sponsal entre la criatura y su Creador, y sea signo de que existe un espacio en el corazón del hombre que sólo Dios puede colmar.

Llamados a participar con alegría en la pobreza de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros para hacernos ricos con su pobreza (cf. 2Co 8,9; Mt 8,20), testimoniad con vuestro desprendimiento la proyección de todo vuestro ser hacia el cielo, *«donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben»* (Mt 6,20).

Sed siempre obedientes en Cristo. Que vuestras comunidades sean comunidades responsables, en las que los cargos de algunos no sean motivo para que los demás se desinteresen; comunidades en las que todos practiquen el discernimiento, la caridad que edifica y la corrección fraterna. Mostrad al mundo cómo la renuncia a la propia voluntad, a los propios proyectos, en la libertad, el amor y la fidelidad al Evangelio, es fuente de felicidad y abre el camino a la plena realización de sí mismos.

7. Cuando uno se siente inmensamente amado, no puede participar en el misterio del Amor que se dona, limitándose a contemplarlo desde lejos. Es necesario dejarse abrasar por las llamas que consumen